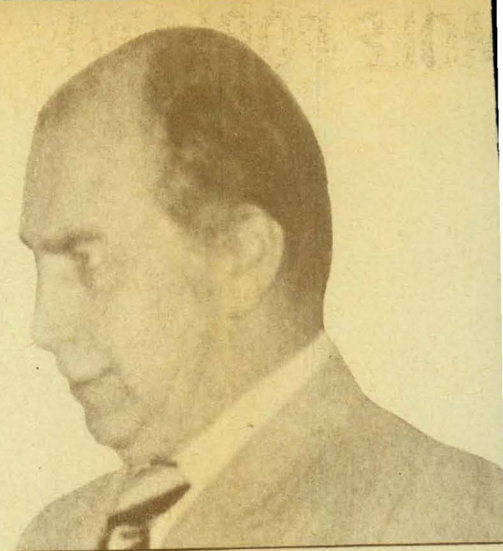


La Cultura

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



González Avelar... con Reyes Heroles de subsecretario.



Con lentitud, el secretario de Educación Pública que reemplazó en marzo de 1985 a don Jesús Reyes Heroles ha ido integrando su equipo con personas de su confianza. Más de un año después de su designación, el licenciado Miguel González Avelar hizo renunciar al antropólogo Leonel Durán, que había tenido un eficaz desempeño como subsecretario de Cultura, nombrado por don Jesús pocas semanas antes de su muerte. Lo sustituye Martín Reyes Vayssade, hasta ahora director, de Publicaciones y Medios en la propia SEP.

La subsecretaría de Cultura es de existencia relativamente reciente en la administración federal. La inauguró, si la memoria no me es infiel, el go-

bierno de López Mateos, quien encargó de ella a doña Amalia Caballero de Castillo Ledón, primera mujer en llegar a un cargo de esa altura jerárquica. La reemplazó el escritor don Mauricio Magdaleno, que retomó la tradición editorial de la secretaría y la confió a un equipo de disímula ubicación ideológica (formaban parte de él así José Revueltas como Marco Antonio Millán y Fedro Guillén) pero de reconocida vocación literaria.

Con Echeverría fue subsecretario el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, muy autorizado en su campo: la antropología, y con experiencia administrativa en la Universidad Veracruzana. Puso también como su antecesor, el acento en el trabajo editorial, y se creó entonces la colección Sep-Setentas en donde si bien se hicieron concesiones que al parecer resultan inevitables en la administración burocrática, también se creó un rico patrimonio de publicaciones de mucho mérito. Aguirre Beltrán dio también apoyo notable a la Dirección de Educación Audiovisual, (convertida más tarde en Divulgación) de la que era responsable la doctora María de Carmen Millán. De esa época data, por ejemplo, la construcción del edificio que hoy ocupa Radio Educación, a quien se proveyó de ese modo del sustento material que requerían sus actividades.

Hubo dos subsecretarios en el periodo de López Portillo. El secretario Porfirio Muñoz Ledo seleccionó a don Víctor Flores Olea, y esa designación fue ratificada por don Fernando Solana cuando se hizo cargo de la secretaría en diciembre de 1977. A tono con el tiempo, y sin perjuicio de las funciones ya tradicionales de la subsecretaría, Flores Olea favoreció la difusión audiovisual mediante un fuerte apoyo al Canal 11 y a la mencionada Radio Educación. Se creó asimismo la Dirección de Culturas Populares, cuyo primer responsable fue el sociólogo Rodolfo Stavenhagen. De manera casi simultánea, Flores Olea y Stavenhagen se fueron a París, a la UNESCO, el primero como embajador de México en ese organismo, y el segundo como director del área de ciencias sociales. A don Víctor lo sustituyó el doctor Roger Díaz de Cosío, hasta ese momento director de Publicaciones y Bibliotecas.

Procedente de la investigación científica (había sido en la UNAM coordinador de esa área, precisamente), Díaz de Cosío estaba sin embargo dotado de manera especial para su nueva responsabilidad.

Ya había sido subsecretario de planeación; su breve paso por Publicaciones lo había puesto en contacto con la esfera editorial; y su arraigada, vehemente pasión por la música le permitió fomentar activi-

dades en esta comarca del trabajo artístico. Promovió, asimismo, la difusión teatral mediante giras que muy reconocidos embajadores del arte realizaron por las escuelas públicas superiores de todo el país.

Al iniciarse la presente administración, Juan José Bremer se encargó de la subsecretaría. Venía, literalmente, del frío. A raíz de un penoso incidente, Bremer había tenido que renunciar a la dirección del Instituto Nacional de Bellas Artes y recibió nombramiento como embajador en Suecia. De ese doble exilio lo rescató Reyes Heroles para encargarlo de su nueva función, que desempeñó durante poco más de dos años. En marzo del pasado Bremer fue destinado a la Cámara de Diputados y allí ha sido eficaz en la interlocución de la mayoría priísta con la oposición. Ahora, adicionalmente, ha sido nombrado secretario de Divulgación Ideológica del comité nacional priísta.

Al comenzar marzo del año pasado, y ya sabedor de que su mal era irremediable, Reyes Heroles nombró a Leonel Durán en lugar de Bremer. Durán se formó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y realizó estudios de posgrado en París. Antes de esa segunda etapa de su preparación profesional, y después de ella, trabajó en comunidades rurales y en varias oficinas públicas, hasta llegar a ser director de Culturas Populares, de donde partió para la subsecretaría. Dueño de un pensamiento político muy claro (que se muestra, entre otras señales, en el *Ideario de Cárdenas* que publicó Era), su trabajo en la subsecretaría contó con el doble signo de la conducta pública de Durán: la discreción y la eficacia.

Quien ahora lo reemplaza, Reyes Vayssade, ha recorrido una variada trayectoria política. Cercano a José Revueltas, fue uno de los más vehementes militantes de la Liga Leninista Espartaco, mientras cursaba estudios en la entonces Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Perteneciente a una generación, y más específicamente a un grupo bien retratado por Arturo Azuela en *El tamaño del infierno*, Reyes Vayssade transitó al correr de los años hasta una nueva situación por completo diversa de aquella inicial. En los años setenta aparece como director de relaciones públicas de una gran empresa constructora y como activo integrante de la Asociación Mexicana de Relaciones Públicas. Al ser nombrado su amigo Miguel González Avelar director de prensa de la Secretaría de Programación y Presupuesto, en mayo de 1979, Reyes Vayssade fue a trabajar con él, y cuando González Avelar resultó secretario de información del comité nacional priísta al comenzar la campaña electoral en octubre de 1981, Reyes Vayssade fue nombrado subsecretario de la misma rama. Al comenzar esta administración, quedó adscrito al área de Radio, Televisión y Cinematografía, a cargo de los Estudios Churubusco, de donde lo llevó González Avelar a la Dirección de Publicaciones, a la que más tarde se adscribió la Unidad de Televisión Educativa para integrar la actual dirección de Publicaciones y Medios. Como se aprecia, los responsables de la cultura oficial en México integran un repertorio de lo más variado, en cuanto a personalidades políticas y preferencias personales. Esa diversidad, que expresa la del sistema político, capaz de albergar guelfos y gibelinos, ha redundado en beneficio de la promoción cultural, que no se ha encastillado en una sola concepción ni se ha encerrado dentro de límites pequeños.

Promover la cultura desde una oficina de importancia en la administración pública es tarea delicada. Debe transitar por lo menos entre dos grandes escollos: la tentación de oficializar la cultura, impidiendo a los creadores y al público entablar el necesario diálogo entre ellos; y el de simplemente dispensar los recursos (magros más que nunca ahora) sin buscar un resultado que sirva a la comunidad nacional y no sólo satisfaga intereses grupales.